

# OLIPHOTH



Fernando Ángel Moreno

Jacques Fuentcalba

Kachi Edroso

Raúl Fernández Coronil

Graciela Inés Lorenzo

Fabio Ferreras

21

---

---

## ÍNDICE

	Editorial.....	III
	'El cántico de la sirena', por Raúl Fernández Coronil.....	IV
	'Estrella de la mañana, sombrío destino', por Jacques Fuentealba.....	IX
	'La representación como mito humano universal', por Fernando Ángel Moreno.....	XIII
	'El libro de los locos', por Kachi Edroso.....	XX
	'Heliógrafo', por Graciela I. Lorenzo y F. Ferreras.....	XXII

Mayo 2007

Qliphoth es un fanzine en formato PDF sobre mitología que se distribuye gratuitamente y se realiza sin ánimo de lucro.

El © de los relatos y las ilustraciones pertenece a los autores.

Dirección de contacto: [santiago@eximeno.com](mailto:santiago@eximeno.com)

ISSN: 1578-1739

EDICIÓN/MAQUETACIÓN:

Santiago Eximeno.

DISEÑO DE PORTADA:

Antonio Infante

COLABORAN:

Antonio Infante (ilustración de portada), Graciela Inés Lorenzo, Fabio Ferreras, Raúl Fernández Coronil, Fernando Ángel Moreno, Kachi Edroso y Jacques Fuentealba.

---

---

## EDITORIAL

*FIN*

*Se acabó. Hemos llegado al final. Es el momento de las sonrisas, de la mirada atrás, de las despedidas. Es el momento de las palmadas en la espalda, de olvidar los reproches, de valorar todo lo hecho. Desde un principio sabíamos que Qliphoth duraría veintidós números, aunque no todos llegáramos hasta el final. Y lo hemos logrado: hemos cerrado el círculo, hemos completado la tarea primigenia que nos encomendamos. Haber llegado hasta aquí le hace sentirse a uno bien consigo mismo. Dejar las cosas a medias conlleva siempre una sensación agridulce, muy alejada de la satisfacción que proporciona llegar al final y, desde la montaña, contemplar tu obra y sonreír.*

*Siete años han pasado desde que comenzó la andadura de Qliphoth, siete años en los que este modesto ezone ha publicado a grandísimos autores e ilustradores que han tenido la deferencia de ofrecernos sus obras, sus criaturas, sin solicitar nada a cambio, apenas una sonrisa y un trato amable. Gracias a todos por vuestra desinteresada colaboración, gracias por convertir a Qliphoth en lo que ha sido.*

*Y gracias a todos los lectores que han bajado el ezone y lo han leído, y lo han disfrutado, y lo han comentado con otras personas. Gracias en nombre de los autores, gracias en nombre del editor.*

*Las despedidas siempre son tristes, así que no lo alargaremos más de lo necesario. Es hora de cerrar esta etapa, y abrir nuevos caminos. Como decía ese filósofo animado: esto es todo, amigos. Disfrutad de los relatos, artículos e ilustraciones que incluye este número, y nos vemos por ahí, en cualquier lado, cuando menos lo esperéis.*

*Esto no es un adiós.*

*Es un hasta pronto.*

*Santiago Eximeno.*

---

## El cántico de la sirena

---

Por Raúl Fernández Coronil

La sirena cantaba mientras el marinero la observaba anonadado, hipnotizado ante aquella belleza, hechizado por el dulce canto, por aquella historia de grandes guerreros tritones y de amores que llegaron más lejos que cualquier viajero. Hablaba de dragones marinos y de fénix dorados, hablaba de viejas razas ya olvidadas por el hombre, hablaba de destrucción y creación, hablaba de la vida misma.

—Eh, tú —le dijo el capitán.

El marinero se giró, despacio.

—Deja de holgazanear y muévete —le ordenó.

—¿Acaso no oyes esa bella melodía? —le preguntó extrañado el joven marinero.

—Sí, pero si lo único que hiciera siempre que saliera a la mar fuera escuchar las canciones que canta esa sirena, no ganaría para comer —contestó rudamente—. Venga, espabilate y tira de la red.

El marinero agachó la cabeza y se dirigió junto a sus compañeros, que ya se afanaban en tirar de la pesada malla.

—¿Por qué no quiere escuchar a la sirena? —preguntó el marinero, a la par que tiraba con fuerza.

—No es bueno escuchar las tristes canciones de esa sirena —contestó un viejo marinero, dejando de tirar durante un instante y sujetando su característica pipa con los labios.

—¿Pero por qué? —insistió el joven marinero.

—Porque te puede hechizar —contestó otro, y añadió pensativo—: Esa sirena debe ser el ser más solitario que existe, de ahí que cante esas tristes canciones de tiempos pasados, de cuando su raza reinaba todos los mares.

—¿Por qué me puede hechizar? —preguntó curioso—. ¿Por qué es un ser tan solitario?

—Calla y trabaja —le increpó el capitán desde la distancia.

El joven marinero calló, y tiró con mayor ímpetu de la red.

—Padre —dijo tras llevarse una cucharada de sopa a la boca—, ¿por qué canta la sirena?

—¿Qué sirena? —le preguntó, mirándolo fríamente.

—La que canta cerca del acantilado —le contestó.

—Ah, ésa —farfulló, mas siguió comiendo como si nada.

—¿Por qué? —insistió.

—Váyase a saber —contestó de mala gana el padre del joven marinero; quien, a pesar de vivir toda su vida junto al mar, era un hombre de tierra—. Por ahí cuentan muchas historias.

—¿Qué historias? —preguntó curioso.

—Y yo que sé —escupió, y se levantó de su asiento—, preguntale a algún viejo marinero de los que andan siempre por el puerto. Tú deberías conocer a alguno, ahora que eres un hombre de mar.

Se fue en silencio, mas dejó un estrepitoso ruido al cerrar la puerta. Sonido que no dejó de retumbar en los oídos del marinero durante mucho tiempo.

—¿Por qué? —le preguntó al viejo marinero.

—Cuando las nubes aparecen como hoy —el hombre meneó la cabeza hacia ambos lados mientras fruncía los labios—, es que durante unos días nos va ha ser imposible hacernos a la mar.

—Pero, ¿sabe algo de la sirena del acantilado? —dijo alzando la voz.

—No, no como pollo asado —contestó el anciano, llevándose una mano a una oreja.

El joven marinero suspiró y se fue tras despedirse del viejo marinero sordo.

No se cansó y continuó preguntado a viejos y no tan viejos marineros, mas ninguno de ellos parecía conocer la historia de la sirena, o simplemente no querían contestar o le contestaban con evasivas... hasta que se tropezó con el capitán.

—¡Capitán! —exclamó al verle, y se acercó corriendo a éste.

—¿Qué quieres? ¡No ves que no volveremos

---

a zarpar hasta dentro de un par de días! —increpó con el ceño fruncido.

—No es eso —dijo jadeante-, es que me gustaría preguntarle algo.

El capitán lo miró juiciosamente, para después levantar los hombros resignadamente.

—¿Todavía estás con eso de la sirena? —le preguntó seriamente.

—Sí —contestó lacónicamente el joven marinero.

—Que conste que no me parece bien que te obsesiones tanto con ese ser —farfulló—, que conste que te he advertido que no es conveniente interesarse tanto por ella. —El marinero asintió, impaciente por recibir una respuesta a la pregunta no formulada.- No son pocos los buenos lobos de mar que se preocuparon por esa historia, y la mayoría de ellos no acabaron bien. —El joven marinero asintió otra vez, nervioso. — Pregúntale al Anciano Barbudo, él te responderá.

—Pero... —dijo desilusionado, mas la fría mirada del capitán le hizo callar—. Muchas gracias.

Se dio media vuelta, y comenzó a andar cabizbajo en busca del Anciano Barbudo.

—Lo encontrarás frente a la Taberna del Tritón —le dijo el capitán.

Una enorme sonrisa cubrió su cara, y echó a correr en pos de conocer aquel misterio.

Fuera de la Taberna del Tritón no había ningún anciano, al menos ninguno que fuera barbudo, por lo que entró al establecimiento, a pesar del nudo que se le hacía en el estómago nada más mirar la fachada del mugriento edificio de madera.

Dentro no había mucha gente, pero la que había hacía mucho ruido, cantaban obscenas canciones mientras se agarraban a las cinturas de las prostitutas o metían sus manos bajo las faldas de éstas. El joven marinero tragó saliva, pues temía que algunos de aquellos viejos lobos de mar se abalanzaran sobre él como animales, mas ninguno pareció hacerle caso.

Se acercó muy despacio a la barra, allí estaba el tabernero, con una socarrona sonrisa dibujada en el rostro. Éste era un tipo delgado, cuyo enjuta cara se ocultaba tras un prominente bigote, mas no llegaba a tapar unos inmaculados dientes de oro y plata que se veían brillar desde la distancia, y eso era lo único pulcro que había en él, pues no era poca la mugre que le cubría la

ropa. Al estar enfrente del tabernero, al marinero le vino un claro hedor a pescado podrido, y no pudo evitar por un instante llevarse una mano a la boca.

—¿Qué desea? —le preguntó lacónicamente, tras sacarse un dedo con material verdoso de la nariz.

—¿El Anciano Barbudo? —preguntó tragando saliva, e intentando no mostrar su repugnancia.

—¿El viejo loco? —preguntó con desdén, mas no esperó contestación-. Está ahí fuera, como siempre.

—Pero si ahí afuera no había ningún... —dijo el joven marinero señalando con el pulgar hacia la calle—. ¿No será ese anciano?

El tabernero asintió en silencio, enseñando los dientes.

—¿Por qué le llaman Anciano Barbudo? —preguntó intrigado.

—Pregúntaselo —le sugirió, y volvió la mirada hacia los clientes, algunos de estos empezaron a gemir como posesos-. Eh, si queréis fornicar iros a una esquina. —Volvió a mirar al marinero, que contemplaba atónito la escena—. Y tú, vete ya.

El joven marinero se fue, mirando con el rabillo del ojo al tabernero y a sus curiosos y poco pudorosos clientes.

Sentado frente a la posada y apoyado en una enorme caja de madera mientras miraba ensimismadamente el mar, se encontraba un viejo hombre vestido con unos sucios harapos, y cuya cabeza estaba libre de pelo alguno, al igual que su cara.

El marinero se acercó al anciano precavidamente, cuando estuvo a su lado el viejo le echó una furibunda mirada que le hizo tragar saliva.

—Hola —saludó con voz enjuta.

El viejo lobo de mar hizo caso omiso a su saludo, y siguió contemplando el mar absorto.

—¿Qué sabe de la sirena? —cambió de táctica. El marinero, al observar la reacción del anciano, se sentó cruzándose de piernas en el suelo.

—Es una triste historia —dijo con voz ronca—, trágica.

El joven marinero asintió con la cabeza, impaciente por escuchar el relato.

---

—Muy triste —farfulló otra vez el Anciano Barbudo.

—Por favor, cuéntemela —imploró, el hombre lo miró con una extraña mirada, como si hasta ese momento no se hubiera percatado de su presencia.

—Antaño —comenzó a decir con voz solemne—, en casi todos los mares y océanos vivían sirenas. Éstas construyeron enormes ciudades submarinas donde habitaban con relativa armonía. —Suspiró como si llevara un gran peso sobre los hombros y empezara a descargarlo—. Mas, a pesar que su vida era cómoda y plena, no pudieron evitar que aparecieran rencillas entre ciudades de distintos mares.

»Al principio no era nada de importancia, pues discutían sobre temas menores, pero a medida que pasaba el tiempo las rencillas y las envidias aumentaban. Discutían por las zonas de pesca, por las minas, hasta incluso por los lugares donde querían ubicar futuras poblaciones. En un determinado momento el comendador de una de las ciudades más importantes (llamémosla Ciudad Celeste) murió mientras visitaba otra urbe (a partir de ahora la nombraré como Ciudad Dorada) de un mar vecino, y la violencia estalló casi en el mismo instante de conocerse la noticia. Ciudad Celeste atacó a Ciudad Dorada, pues consideró que la muerte de su comendador fue un asesinato perpetrado por miembros dirigentes de la segunda ciudad.

»Lenta pero irremediamente la guerra se fue extendiendo por todas las ciudades, primero en varios bandos, para después unificarse en dos bien distintos: los de los Mares del Sur y los de los Mares del Norte...

—Pero, ¿qué tiene que ver eso con...? —interrumpió el marinero, mas también se vio interrumpido por un gesto del anciano.

—La guerra cada vez se hacía más cruenta, se cometían verdaderas atrocidades. —Se llevó, pesaroso, las manos a la cara; para después apartarlas y cambiar radicalmente de talante. —No obstante llegó la paz entre hermanos, aunque no fue a consecuencia de la reconciliación de éstos, sino de la aparición de un enemigo común.

»Se trataba de un ser del que apenas habían tenido noticias hasta entonces: los seres humanos. Éstos empezaron a conquistar el mar con primitivas embarcaciones poco antes de que comenzara la guerra, y desde entonces los habían

ignorado, pues jamás los consideraron una verdadera amenaza. Pero ya habían logrado fabricar grandes barcos, e incluso inventaron dispositivos para poder sumergirse en las profundidades, y cuando hallaron el cuerpo, aunque inerte, de un buzo humano cerca de la Ciudad Dorada comenzaron a preocuparse. Sin embargo no fue hasta que una gran embarcación humana tirara al mar cientos de barriles con sus desechos, y que éstos causaron la muerte de varias sirenas de ambos bandos, cuando el conflicto se dio por concluido temporalmente.

»La guerra con los humanos no comenzó bien, éstos eran más inteligentes de lo que habían creído, y era rara la batalla con que no les sorprendiera con un artilugio nuevo, o alguna máquina de guerra destructiva. Las sirenas sabían de la fascinación que producían a los hombres sus canciones y su belleza, y eran éstas las que más usaban como armas, atrayendo a los marineros hacia los arrecifes o a trampas mortales. Pero los hombres, a su vez, idearon tretas para evitar ser hechizados, y además crearon máquinas voladoras, con la que lanzaban proyectiles desde la distancia a las sirenas y sus ciudades.

»Aunque todo parecía perdido, las sirenas idearon un arma para inutilizar la tecnología de los humanos, para sumirlos en la más absoluta desesperación. Y lo lograron, pero antes los humanos habían vertido al mar algo que acabaría con ellas.

»A la par que los humanos se quedaban sin sus máquinas, a las sirenas les fue afectando una extraña enfermedad que las sumían en un estado catatónico, tal era su estado que acababan por morir de inanición. Pero la tragedia no acabó ahí, ya que los humanos aún tenían sus primitivas embarcaciones, que se movían por la acción del viento o la fuerza de varios hombres, y comenzaron a dar caza a las sirenas. Y acabaron con ellas.

—Pero, si acabaron con e...

—No con todas, dos lograron sobrevivir a la enfermedad y la caza —añadió solemnemente—, y fueron perdonadas por los antiguos gobernantes, aunque condenadas al exilio, condenadas a vivir en este recóndito lugar.

—Yo quiero saber la historia de la sirena —replicó el joven marinero—, ¿no todo eso que me has contado!

La mirada del anciano pasó de ser triste a

---

contener una evidente ira.

—Por favor —suplicó el marinero—, cuénteme la historia de la sirena.

El anciano, por vez primera, esbozó durante un segundo una cenceña sonrisa.

—Curiosamente, y algunos pensarán que por suerte —comenzó a narrar—, no eran dos sirenas las que sobrevivieron, sino una sirena y un tritón.

—¿Entonces eran como un hombre y una mujer? —preguntó más el marinero para sí que para el anciano.

—Sí, muchos pensaron que las sirenas quizás lograrían salvarse —asintió—. Y al principio acertaron, pues entre ellos surgió algo que se podría llamar amor. —Entrecerró los ojos como si intentará vislumbrar algo en la lejanía. — Pero se ve que no era un sentimiento tan puro, al menos por parte de uno de los dos, ya que el sireno logró, a escondidas de la sirena, conquistar el corazón de una joven humana.

»Cuando el tritón comenzó a ignorar a la sirena, ésta empezó a sospechar y los celos la invadieron. Entonces ésta engañó a la humana para que acudiera a una cita y la mató, le quitó la piel y se disfrazó con ella para así poder obtener los favores de su amado. Pero éste descubrió el engaño y la repudió entre insultos, y ésta, más celosa aún y completamente enajenada, lo mató atacándole por la espalda.

»Desde ese día canta en los acantilados tristes canciones, muchos dicen que con la intención de atraer a los marineros hacia los acantilados para que naufraguen y así poder devorarlos, mientras que otros afirman que tan sólo espera a su amado, o a una ola gigante para que la estrelle contra las afiladas rocas.

El joven marinero permaneció unos minutos en silencio, meditando la trágica historia que le había contado el anciano.

—¿Cómo sabe toda esa historia? —preguntó tras ello.

—Escuchando —contestó con una sonrisa, mostrando de ese modo los pocos dientes que tenía.

—¿Escuchando? —volvió a preguntar.

—Las canciones —dijo el desdentado anciano—, escuché sus canciones durante muchos años, tantos que ya ni me acuerdo. —Una lágrima recorrió una de las sucias mejillas del viejo marinero. — Pero, a pesar de que ya no me acerco

a escucharla, aún sigo oyéndola en mi cabeza. — Dio un largo trago de una botella que tenía a su lado. — Sólo cuando bebo dejo de oírla por un rato, al menos hasta que vuelvo a estar sobrio.

Las últimas palabras del anciano fueron pura amargura, el joven marinero no pudo sino compadecerse de su lamentable estado.

—Una última pregunta —dijo el marinero, el viejo asintió complacido—. ¿Por qué le llaman Viejo Barbudo?

Al acabar de formular la cuestión el anciano se lanzó al cuello del joven marinero, éste intentaba con todas sus fuerzas librarse de su atacante pero a pesar de su decrepito estado y avanzada edad todavía conservaba la fuerza de su juventud. No obstante la suerte se tornó a favor del marinero con la aparición del capitán, que se libró con un puntapié del Anciano Barbudo, que tras ello salió huyendo cual perro herido.

El joven marinero comenzó a toser tras haberse librado, pero aún no había terminado cuando su capitán le cogió por el cuello, aunque esta vez de la camisa.

—Ves, ¿en eso te quieres convertir? —le reprendió—. ¿Acaso quieres ser un despojo humano?

El marinero negó con la cabeza a la par que seguía tosiendo, aunque cada vez menos violentamente.

—Entonces deja de pensar en esa sirena. — Le soltó la camisa, se levantó y le advirtió—: Si el próximo día que zarpemos veo que miras a la sirena durante tan sólo un instante, será la última vez que te hagas a la mar.

El joven marinero asintió en silencio mientras se llevaba las manos a la garganta. Se quedó observando tendido en el suelo cómo se marchaba el capitán, a la vez que meditaba sobre aquello que deseaba.

\*\*\*

—Oiga —dijo el joven a un anciano de pelo largo y cano, éste se volvió despacio—. ¿Puedo hacerle una pregunta?

El anciano asintió con una desdentada sonrisa, y después le dio un largo trago a una botella de güisqui.

—¿Por qué canta la sirena? —preguntó.

—Es una triste historia —afirmó pensativo—, pero si deseas saberla, tendrás que

preguntarle a otro.

—¿Por qué no quiere contestarme? ¿Por qué nadie quiere? —dijo tristemente.

—Yo pregunté —dijo el anciano-, y recibí contestación, mas como no me sentí satisfecho fui en pos de la triste sirena, ya que la deseaba con todo mí ser. Pretendía librarla de su tormento. Pero de la pesadilla en la que vive nadie puede sacarla, mas sí acompañarla.

—No le entiendo —negó el joven—, ¿qué quiere decir con eso?

—Ella acabó con la vida del ser que más quería, del único ser con el que podría engendrar hijos —musitó—, y también está la historia de su pueblo, una historia llena de tristeza y horror.

—¿Y?

—Ella vive todo eso durante todos los días. —El anciano se acercó al joven, éste no pudo evitar hacer una mueca al oler el aliento del primero. — Revive el tormento esperando que la muerte se apiade de ella... al igual que hago yo.

—Pero...

—Escucha, estúpido —exclamó el anciano, y agarró al chaval por la camisa-, si no quieres convertirte en un desecho, si no quieres que cada día de tu vida sea una tortura —soltó al joven y le dio la espalda—, te aconsejo que ignores a la sirena, que la olvides para siempre.

—Por cierto —dijo el joven insolentemente—, ¿por qué le llaman Joven Marinero?

El anciano volvió la mirada, en sus ojos aparecieron dos llamas que hicieron retroceder al muchacho; empero por tan sólo un instante, ya que aquel viejo vestido con raídos ropajes volvió a encorvarse y a darle un trago a su botella, para poco después sentarse en el sucio suelo y volver a mirar al mar con ojos tristes.

---

## Estrella de la mañana, sombrío destino

---

Por Jacques Fuentealba

Héspero fue el primero en distinguirlos, durante un alba del reinado del emperador Tiberio. Precedía a su madre Eos, diosa con dedos de rosa, mientras Nix se retiraba sin una mirada atrás.

Sus presencias llenaban los cielos aún más que las de Apolo y la de todos los otros Astrones juntos, pero en esa hora clave, sólo tenían la Estrella de la mañana como testigo.

A la visión de aquella majestad Phthonos, dios de los celos, encontró un camino hasta su corazón. Las alas y la aureola estrellada de Héspero le parecían apagadas en comparación con la perfección de aquellas formas. Codició aquella apariencia temible y hermosa.

Constituían una solemne procesión. En los brazos del que abría su vuelo hacia los cielos más lejanos, un hombre cubierto de llagas y sangre seca, con espinas por corona.

¿De dónde venían? ¿Quiénes eran? ¿Y a dónde iban?

Héspero trató de aproximarse a ellos pero no le hicieron caso. El que cerraba la ascensión sólo le murmuró esa palabra irrevocable.

Guerra.

Luego salieron volando hacia cielos inalcanzables para la Estrella de la mañana.

Pero la guerra no ocurrió. Ares y Atenea seguían ocupándose de asuntos humanos sin que los extranjeros, solamente visibles por Héspero, atacaran a nadie. Se conformaban con cruzar el espacio, justo antes del alba, cada vez más numerosos, llevando cada vez más hombres hacía su desconocido rumbo.

En una ocasión, trató de seguir a aquellas criaturas aladas, pero pronto el agotamiento le había vencido, sin que ni siquiera pudiera apreciar el camino recorrido.

La que se dirigió a él —la única que aceptó hablarle— le prohibió entonces ir más allá:

—Pasado este punto, nadie podrá garantizar tu seguridad.

Una lejana luz, una voz cautivadora, fueron lo único que llegó a percibir antes de darse la vuelta.

Tanto diferían el tiempo de los hombres con

el de los dioses.

Al reconocer el Emperador Constantino el culto cristiano, la guerra estalló. Sin piedad.

Los cielos se oscurecieron con miles de alas y hojas, y el clamor de la batalla hizo temblar el Olimpo. Sin llegar a derribarlo.

Guerra.

Ares y Atenea combatiendo, lado a lado, olvidadas peleas seculares para vencer a aquella amenaza desconocida. Un ejército angelical al servicio de una divinidad hasta ahora ignorada, sus estandartes marcados con una cruz chasqueando al viento. Casi ningún diálogo posible. Querían la muerte de los dioses. De cada panteón. Porque no existía para sus heraldos sino un solo Dios, único. Ninguna tregua posible, ningún compromiso.

Las hojas se aplastaban contra los yelmos y los escudos contra la fuerza de los elementos enfurecidos. Ríos de lava, tormentas de nieve, terremotos, inundaciones y hambruna azotaban el moribundo Imperio Romano. Los gritos de batalla y los juramentos solemnes de los dioses se erguían en contra del inquietante silencio de los ángeles.

La guerra sólo podía eternizarse ya que los días de los dioses quedaban inabismables. Sin tregua, los ángeles atacaban; sin tregua los dioses les rechazaban. Sin que nadie en ambos campos muriera, a pesar de la violencia inaudita de los combates. Nadie, salvo los hombres en la Tierra quienes, movidos por ideas y dioses, se mataban unos a otros en defensa de su fe.

Niké, diosa de la victoria, se exilió a su ciudad patronímica, Nicea, atenta al concilio que se desarrollaba allí. Alterada por los inéditos acontecimientos, la diosa alada suspendió su sostén a Zeus para entrar en una inquietante neutralidad.

¿El arianismo iba a crear un politeísmo salvador que pondría fin a la guerra?

En todo caso, nadie logró aflojar el juicio de Niké, ni siquiera su padre Ares.

Héspero se desesperaba de ver al amanecer las procesiones enemigas cruzar el espacio celeste, con él como único espectador. Si Niké dudaba y esperaba el fin del concilio, su determinación en cuanto a él se hacía cada vez más punzante,

---

agujoneada por el dardo de Ptono, hasta convertirse en convicción.

Tenía que juntarse con ellos, volverse como ellos. Entender su naturaleza, comprender a aquel misterioso dios.

El concilio terminó con el rechazo del arianismo. Pero la complejidad de los argumentos desplegados dejó a Niké en un profundo estupor, sin que nada pudiera jamás sacarla de ello.

En vez de debilitar la voluntad de Héspero, eso sólo contribuyó a reforzarla. Si no interviniera, esta guerra tendría aún más razones de durar una eternidad, ya que la victoria no había escogido ningún partido. Entre los ángeles o los dioses, nadie parecía preocuparse por la suerte de los hombres, los cuales morían cada día, soldados de una guerra que ni siquiera imaginaban.

Nadie, excepto él, el heraldo de la luz del alba, la Estrella de la mañana.

No se debía contar con la ayuda de los dioses para detener los tormentos de la humanidad. Conocía de sobra la suerte que le habían reservado a Prometeo por haberle traído el fuego.

Quizá los ángeles, al final... Si solamente lograba encontrar a su Dios.

El día en que murió Constantino, el ángel que había dirigido algunas palabras a Héspero, el único por cierto, vino a volar frente a él. Llevando al emperador difunto en sus brazos, se detuvo un largo rato. Héspero sintió tanto la mirada muerta de Constantino, recién bautizado, como la de la criatura celeste, viva y penetrante, pesar sobre él.

Tratando de parecer solemne y despegado, a pesar de que hervía en su interior, la Estrella de la mañana le reveló:

—Puedo ayudarles a poner fin a esta guerra.

El ángel pestañeó una vez. El trueno retumbó, ensordecedor. Sin embargo ni la más nimia nube venía a enturbiar la bóveda de Urano.

—Ya sabemos.

Nix se alejaba, sin una mirada atrás. Casi no se podía distinguirla.

Ya Eos, madre de Héspero, se aproximaba para dispensar su luz en la Tierra.

Tenía que actuar rápido para no estar cogido por ella con el enemigo.

—Ninguno puede vencer, al ser todos nosotros inmortales. Pero conozco la fuente de la eternidad de los dioses. Espero a cambio de esta

información poder encontrar a su Dios, descubrir al fin quién se esconde detrás de su ejército.”

Convertirme en uno de ustedes, iba a concluir, su corazón reventando con el negro veneno, antes de contenerse. No aceptarían... ¿o sí?

—Así sea—contestó simplemente el ángel.

Y trajo su carga hacia su lejano rumbo, allende los cielos explorados por los dioses.

Al alba siguiente, Héspero salió detrás de Nix, pisándole sigilosamente los talones hasta lograr arrancar un trozo del velo de niebla que colgaba de su carro.

Antes de que Eos, su madre, hubiera asomado al horizonte, el ángel se había reunido con él.

Arrebujado en su manto de noche, Héspero le condujo en las Islas Hespérides, confines del mundo.

Conforme avanzaban, los cielos se llenaban de ángeles, a centenares, a millares. Cuando Héspero y su acompañante pusieron el pie en el suelo, la escolta celeste se puso a volar encima del agua, cercando las cuestas de las Hespérides.

El ángel se quedó delante de Atlas, quién llevaba a Urano en su hombro. Héspero desvió la mirada, soltando un débil “no”.

Estaba traicionando los suyos.

Dike, la justicia, murmuró algunas palabras prudentes en su oreja derecha, pero Héspero ya no le hacía más caso... Ptono acababa de derramar en su oreja izquierda todo su ardiente hiel.

No le era posible retroceder.

Atlas gritó su impotencia, más que su sufrimiento, cuando sus ojos ardieron en sus orbitas.

—¡No!—exclamó Héspero, por segunda vez, más fuerte.

Sus ojos desmesuradamente abiertos relucían con mil fuegos, más resplandecientes que la Vía Láctea en su totalidad. El resto de su cuerpo desaparecía en la noche que había robado.

Con las mejillas ensangrentadas, llenas de lágrimas de rabia, Atlas volvió la cabeza hacia Héspero:

—¿Eres tú, Estrella de la mañana, quién avanza ante mi persona? Reconozco tu voz cristalina.”

Sus rasgos se deformaron bajo el efecto de una violenta emoción.

—¿Por qué te escondes? ¡No andas en contra, sino con nuestros enemigos! Inmundo...

---

Pero Héspero ya se había alzado frente a Atlas y le había arrancado la lengua de un tirón, para impedirle que hablara. Si la diosa de las cien bocas oyera lo que se decía aquí, en los confines del mundo... La Estrella de la mañana se estremeció al imaginar los tormentos que los dioses podrían infligirle.

Aún así, le pareció que el eco del pensamiento del titán resonaba de nunca acabar en su mente.

—Traidor.

—¡No! —aulló Héspero, horrorizado por sus propios actos.

Mañana, los ojos de Atlas volverían a reflejar las imágenes del mundo, su lengua volvería a hablar. En tiempo normal.

Pero los ángeles iban a poner fin al panteón olímpico, desde hoy. Con la complicidad de Héspero.

Al oír los gritos de sus hijas, las Hespérides, alarmadas por el ruido de la lucha, supo que su destino acababa de apretarse sobre él como un nudo corredizo.

Se dirigieron directamente hacia él. Se arrebujo aún más en su manto, para ocultar su identidad. El frío de Nix heló su piel y le estrechó el corazón.

No podía hablar si no quería ser desenmascarado. Pero no pudo impedir que sus lágrimas corrieran, rodaran a lo largo de sus mejillas, cayeran, astillas de estrellas fugaces, a sus pies.

—¿Quién cegó al potente Atlas, eje del mundo? —se indignó Aegle.

—¿Quién viene robar los secretos de los dioses del Olimpo? —exclamó Eriteis.

—¿Quién se alza ante nosotros, perro tembloroso de Fobos, escondido por el velo de Nix? —se ofuscó Hespero.

A punto de avanzar sobre él, fueron de repente arrancadas de la Tierra y llevadas por el torbellino del enjambre angelical. Conforme iban elevándose, ellas mantuvieron la mirada clavada en el misterioso traidor.

Su desprecio debía mortificarle para siempre, la última imagen de sus hijas.

La ambrosía, fuente de inmortalidad, se agotó, ya que las Islas Hespérides fueron aniquiladas. No quedó sino un simple montón de cenizas que se dispersó bajo el vaivén del oleaje.

El Olimpo en llamas. En sus laderas yacían

los cadáveres de dioses vueltos mortales.

Zeus, primero en caer, mancillado de sangre, de hollín.

Atenea, cuerpo acribillado de flechas afiladas.

Ares, pisoteado por sus caballos enloquecidos.

Apolo, despellejado, toda su belleza desvanecida.

Hera, Artemisa, Hades, Dioniso, Afrodita, Deméter... Tantos otros más.

Hermes y Hefestos no parecían formar parte de las víctimas.

Héspero contemplaba la carnicería y una impresión de irrealidad le asedió. Algo que hasta ahora nunca había experimentado. Sus ojos se detuvieron en Tánatos, los miembros dislocados en un peñasco. Si hasta la muerte podía morir... No más certidumbre, apenas razones para vivir. Fobos le había dejado, Ptono también le había abandonado. Había ayudado a la destrucción de un orden inmemorial, del cual era hasta entonces indisociable. ¿Iba a disgregarse la realidad? ¿U otro paradigma iba a tomar sitio?

No le quedaba sino esta llama de su esencia primordial, este ardiente deseo de saber, cada vez más. Más.

El manto de Nix, que no había quitado, formaba como un joyero de negrura para esa antorcha ávida de conocimientos. Su naturaleza cambiaba... ¿O volvía a descubrirla? Siempre entre tinieblas y luz, entre Nix y Eos. Aunque estos dioses ya no existían.

A través de las lágrimas estrelladas que nublaban sus ojos, Héspero vio al ángel avanzar desde las ruinas todavía humeantes hacia él.

—Ven —murmuró simplemente.

Las otras criaturas celestes habían dejado el campo de batalla a los carroñeros. Eran los dos únicos seres vivos en recorrer el Monte Olimpo.

En alguna parte de la Tierra, en Belén, él que se llamaría más tarde San Jerónimo traducía sin descanso el Antiguo Testamento del hebreo al latín.

El ángel echó a volar y Héspero, alelado, todavía no lograba abandonar el funesto monte.

El enviado de Dios único se volvió, sin detener su camino, mirándolo fijamente.

No necesitaba hablar. Héspero entendía toda la ironía de su mirada.

¿Iba él a renunciar ahora que el mal estaba hecho, ahora que estaba tan cercano de este saber

---

que tanto codiciaba?

Héspero le siguió, replegando los faldones de su manto sobre él.

Sin descanso, San Jerónimo traducía.

El ángel y la Estrella de la mañana cruzaban cielos siempre lejanos, siempre más numerosos. Héspero luchaba contra el agotamiento para seguir a su guía hasta el final de la bóveda celeste.

Lejos, cada vez más lejos.

Ya no había espacio, no había estrellas.

Sólo aquella presencia, inconcebible, sobrepasando los límites del individuo. Un todo múltiple, englobando toda la creación... Un infinito para siempre fuera de alcance...

Héspero tensó la mano hacia aquella luz, de la cual él, la Estrella de la mañana, nunca había sido sino un reflejo pálido. Al final, iba a volverse como ellos. Un ángel.

Leugo oyó el Verbo, aquel verbo que tantas veces había imaginado. Retumbando palabras mucho más misteriosas que las de la Esfinge, mucho más poderosas que los rayos de Zeus. Palabras que no entendía, pero que le golpeaban con toda la fuerza de su magnificencia y dureza.

La decepción y el sufrimiento se llevaron a Héspero como una brizna de paja cuando le resultó evidente que nunca iba a convertirse en uno de ellos. Que algunos misterios quedaban impenetrables para su pobre entendimiento.

Y en Belén, San Jerónimo traducía el Libro de Isaías, prefería a Helal, el rey babilonio, un nombre y un personaje más cercano a sus contemporáneos.

Héspero, hijo de Astreo y Eos, quedaba ahí frente a aquel Dios único hasta que no pudiera aguantar más, hasta que el Verbo le aplastara y le destrozara enteramente, le precipitara desde lo más alto de los cielos hasta el fondo del Tártaro.

En el último momento, mientras el atroz sufrimiento amenazaba con destruirle mental y físicamente, el manto de noche se replegó del todo sobre él, para protegerle de manera irrisoria. Luego, mientras reptaba, las tinieblas de Nix le embalsamaron para aliviar su suplicio, le penetraron hasta fundirse con su carne, con sus huesos.

Nunca había sido sino un traidor al servicio de un enemigo huidizo.

Ya ningún hombre creía en él, ahora que todos los antiguos dioses o casi todos habían muerto. Su poder, a la imagen de su cuerpo y de su espíritu desmoronados, se había convertido en el mundo subterráneo y lóbrego, los cementerios paganos hundidos en mitad de la noche, las ciénagas embrujadas en las horas inciertas, cuando sus lágrimas, fúnebres fuegos fatuos, corrían a extraviar a los imprudentes viajeros.

Solo, maldiciéndose por su infamia y aborreciendo al mundo entero.

Solo, abandonado por los ángeles y su Creador, tratando de acordarse de un Verbo demasiado grande para su ser.

San Jerónimo muerto, la Vulgata se difundió en el mundo, se convirtió en la única Biblia cristiana, por los siglos de los siglos.

Y Héspero, la Estrella de la mañana, sólo conservaba en el recuerdo distorsionado de los hombres su nombre latín. Aquel nombre del cual el santo se había apoderado para desacreditar a un heresiarca, para forjar la leyenda inédita de un ángel caído.

Lucifer.

---

## La representación como mito humano universal

---

Por Fernando Ángel Moreno

Recomiendo un libro de Michel Foucault llamado: *Esto no es una pipa*. En esta obrilla, el filósofo iluminado francés<sup>1</sup> se plantea la manera en que los seres humanos relacionamos realidad con representación pictórica. Lo realiza a partir del estudio de un cuadro de René Magritte que ostenta idéntico título. El cuadro no presenta mayores complicaciones: se trata de la pintura de una pipa. Por consiguiente, parece obvia la relación del cuadro con el título: tendemos a confundir la representación con el objeto. A primera vista, nada más parece indicar la importancia de dicha relación equívoca; diríamos que se trata de una bromita más o menos simpática, sin mayor trascendencia. Sin embargo, el filósofo francés desarrolla de tal modo una considerable cantidad de consecuencias sobre este hecho que finalmente no nos queda más remedio que cuestionarnos muchas de nuestras verdades con este, en apariencia, sencillo cuadro.

Foucault no es el primero ni el último en cuestionar la veracidad de nuestras representaciones. También Borges se preguntó en numerosas ocasiones en casi todas sus obras por nuestra obsesión representadora. Ya Platón utilizaba el mito de la caverna para dar a entender que no somos capaces de ver más que ilusiones, explicando a continuación que, por tanto, una escultura de una mesa ya es de por sí una copia de una copia (una copia imperfecta de lo que nosotros creemos real, pero no lo es)<sup>2</sup>. La conclusión evidente sería: si ni siquiera nosotros somos conscientes de la realidad que percibimos, ¿cómo va a ser real una representación? Ésta es una duda que ha traído en jaque a grandes intelectuales desde Descartes, en su *Discurso del método*, donde –todos lo hemos estudiado– plantea que el principio de nuestras convicciones ha de estar en la propia consciencia, puesto que los sentidos nos engañan.

Es decir, jamás el ser humano ha podido ver la realidad, sino sombras, vagas percepciones de ella. Por consiguiente, ha sido frecuente dudar de nuestras inclinaciones representativas inmediatas, pues hace tiempo que se sabe que lo que creemos ver es en realidad una entelequia: una construcción de nuestro cerebro para armonizar un flujo de datos transmitidos por los sentidos y que, en principio, no tienen por qué ser armonizados de esa manera. Existe el infantil ejemplo, en esta línea, de la cucharilla en el vaso de agua, que nuestro cerebro interpreta como si estuviera partida por la mitad.

Esta confusión es tan complicada que ha vuelto incluso confusas las barreras entre arte y realidad, provocando a menudo la falacia de buscar realidad en películas o novelas, sin recordar que se tratan, por muy bien documentadas que se encuentren, de meras ficciones, de mentiras. En este sentido, ha sido difícil incluso durante años conocer la correspondencia entre los mitos de diferentes culturas y lo que de verdad pensaban sobre el mundo. ¿Creían los babilonios realmente que había existido Gilgamesh? ¿Pensaban los griegos que de verdad Sísifo empujaba su roca una y otra vez a lo largo de la eternidad?

A lo largo de la historia, numerosas civilizaciones han quedado fascinadas por este desequilibrio entre percepción, representación y realidad. Muchas incluso han planteado este dilema en mitos determinados.

A lo largo de este artículo, comentaré algunos de estos mitos de la representación para terminar planteando la hipótesis de que, en realidad, el Mito de la Representación se basa en la búsqueda por parte del ser humano de su propio sentido.

### **Los mitos de la creación y de la naturaleza: ¿representaciones religiosas o metáforas literarias?**

Los primeros ejemplos del mito de la representación son los propios mitos clásicos. Esto parece tan absurdo como decir que las representaciones son las representaciones. Lo que pretendo explicar es que todos conocemos cómo los mitos de los dioses en sí mismos otorgaban un sentido a aspectos de la realidad que, aparentemente, no los tenían. Por ejemplo, el ser humano se preguntaba qué podía ser el rayo y concebía un

---

<sup>1</sup> Reconozco no tener gran estima a los filósofos franceses iluminados, aunque a menudo tienen ideas muy interesantes.

<sup>2</sup> Para quienes no recuerden las teorías de Platón, recordaré la agudeza del filósofo al plantear que nuestra propia percepción de una mesa ya es de por sí una representación fallida del objeto real, al cual jamás podremos llegar a acceder.

---

dios que los forjaba en las nubes para lanzarlos luego contra la Tierra por motivos más o menos caprichosos. Esta primera explicación pudo surgir muy bien como mera forma ingeniosa de comunicación, como algo literario. Por ello definiendo que la base de la religión está en la literatura: una literatura que fue tomada demasiado en serio por los descendientes de quienes la crearon. Ahí ya tenemos una primera evolución de lo representativo a lo real: lo que empieza como una forma artística de explicación acaba tomándose en serio y confundiendo con la realidad. La generalización de la teoría es mía, pero no la primera formulación concreta. Es fácil extraerla del ensayo *El libro de J*, de Harold Bloom, quien defiende que la mayor parte del *Génesis* fue escrito como una parodia de una religión y que autores posteriores lo hicieron formar parte de una cosmogonía, elevada después a la categoría de religión institucionalizada.

¿Qué pensaba el sacerdote (llamada la fuente P) cuando refundía las partes de J, la yavista; E, el elohista y D, el deuteronomista (las fuentes anónimas de los primeros libros) para crear la *Torah*? ¿Sabía que el *Génesis*, la parte de J (la yavista), no iba en serio? ¿Lo usó directamente como metáfora o creía en ello?

Importa poco. Todos sabemos que después sí fue creído. Viene a ser como si dentro de muchos años, alguien tomara un cómic de *Watchmen* y defendiera que el Dr. Manhattan, un superhéroe casi omnipotente, no pudo morir y que algún día volverá y guiará a los seres humanos como el presente y futuro dios.

Y todo empezó con un mito, una representación, una entelequia consciente. ¿Una mentira? ¿O una representación? ¿Es lo mismo? ¿Es realmente una pipa lo que vemos en el cuadro de Magritte? ¿O es una mentira?

En realidad, la divinización del ser humano es una representación más o menos inconsciente de que la vida tiene un sentido. Y ya vamos a ir viendo cómo, en el fondo, toda representación no implica más que una manera de buscarle un sentido al ser humano. No estoy diciendo que las representaciones busquen una explicación; eso ya lo estudiamos en el Bachillerato, que sí, que la buscan, sino ir más allá: un sentido, una teleología, un orden que nos salve de la angustia vital y del sinsentido de la muerte.

No parece difícil que a estas alturas el lector se plantee que entonces cualquier cosa que digamos o señalemos sobre algo puede ser mentira. Pues sí, desde este punto de vista, todo es mentira, una construcción, un juego que funciona mientras no nos salgamos de las reglas; ya le obsesionaba esto a Descartes hace más de cuatrocientos años, ¿no? ¡Y a Platón hace dos mil trescientos!

## **El mito de la representación respecto a la complejidad de la realidad**

Salgamos ahora de la discusión funcional y primigenia sobre la naturaleza del mito para estudiar representaciones de representaciones, que es en realidad de lo que trata este artículo: los mitos de la representación.

Llamo *mitos de la representación* a aquellos usos que un artista hace de un objeto creado por él para reconfigurar el sentido que un mito anterior tiene para los nuevos lectores. Es decir, la manera en que Thomas Mann toma el mito de Fausto para redefinir su significado: el sabio que vende su alma al diablo (en este caso, al nazismo). Del mismo modo, otros autores hacen uso del mito de la representación para redefinir y actualizar lo que de dicho mito se puede sacar para nuestro mundo.

Veremos cómo, por lo general, este fenómeno se produce por desubicación de la localización tradicional de lo representado, es decir, al representar algo fuera de las coordenadas en las que suele estar, o de la alteración parcial de la representación tradicional, es decir, de algunos cambios en la representación tradicional que provocan un cambio en nuestra manera de concebir la relación entre representación y realidad. Tomemos como primer ejemplo el uso del *smiley* en *Watchmen*, de Alan Moore y Dave Gibbons. Una mancha de sangre roja ha salpicado sobre la carita sonriente de amarillo inmaculado. Esa primera portada del cómic llama la atención sobre la irrealidad de lo representado. Con ella, se destruye el símbolo y se pone en tela de juicio que pueda dar fe de la realidad. Es decir, el *smiley* simboliza hoy una actitud positiva hacia la vida (aunque su origen no sea éste), de falta de preocupaciones ante los problemas de la existencia. Una gotita de sangre, muy pequeña, que no llega a tapar los rasgos de la cara, es suficiente para burlarse del icono. Hay una alteración de una parte de la representación de la alegría. La conclusión es de nuevo la escasa trascendencia de la representación para dar cuenta de la realidad. Con ese *smiley* se nos está diciendo lo siguiente: la representación de una idea es un mito fácil y absurdo que intenta resumir burdamente lo que es demasiado complejo.

---

De un modo muy diferente, en la misma obra, encontramos la máscara de Rorschach. Dicha máscara se encuentra en el lugar donde tradicionalmente se encontraría la cara de la persona. En su lugar, esta *nueva cara* sí es el espejo del alma, pues los autores pretenden que se trata de una manifestación abstracta de las emociones del personaje. ¿Puede ser realmente abstracta? Si representa sentimientos, deja de ser abstracta, pues existe una realidad retratada con la mayor fidelidad posible. Podría el sabio lector contradecirme: *No es un retrato, sino una interpretación* y a eso podría responderle Ernst Gombrich, el teórico del arte: *¿Y qué es un retrato sino una interpretación acerca del objeto retratado?*

Gombrich, en su ensayo *Arte y percepción*, describe un caso real muy interesante. En cierta ocasión, se les presentó a unos aborígenes un dibujo de una gaviota vista de costado. Como es lógico, siguiendo nuestra concepción occidental moderna acerca de cómo se debe representar una realidad, se tomó de referencia una supuesta percepción visual. Por tanto, una de las alas de la gaviota quedaba detrás del cuerpo del animal y no había sido dibujada con el resto. La obvia respuesta de los aborígenes fue que a la gaviota le faltaba un ala: *que la representación estaba mal hecha*. Y no era cierto, no estaba mal hecha; tampoco la de los aborígenes, que tenía dos alas pero desafiaba la apariencia anatómica gaviotil tradicional. Ambas se trataban de meras representaciones basadas en criterios diferentes. Una se basaba en lo visual, partiendo de que el medio de comunicación era visual (la interpretación occidental moderna), y la otra se basaba en la representación mental de lo visual, puesto que era lo que la mente recordaba de los múltiples ángulos de las distintas experiencias visuales. Una vez más, el mito de la representación, el mito de la fiel representación.

Por consiguiente, la máscara de Rorschach... ¿Era representación? Sí. ¿Era interpretación? También, puesto que se trataba de algo muy reduccionista respecto a la multitud de sensaciones y sentimientos que se dan a lo largo de la mente de un ser humano en cada pensamiento. ¿Por qué funcionaba tan bien, por qué era tan creíble? Porque el medio de representación empleado por Moore y Gibbons era algo tan falaz y mentiroso como una fotografía o un cuadro: un cómic, donde la idea de temporalidad es mucho más limitada que en el cine y, por tanto, donde podemos crear la ilusión de que unas *pocas* manchas pueden reflejar la infinidad de matices de un rostro humano al detenerlas en un instante de verdadero estupor o de rabia extrema y no en la gran cantidad de cambios que se producirían en el tiempo de una breve conversación.

## Los mitos literarios

Por tanto, resulta muy complicado en ocasiones diferenciar representación de interpretación. Otro buen ejemplo sería *Vida de Don Quijote y Sancho*, de Miguel de Unamuno. En ella, el autor vasco toma el personaje de Don Quijote como representación de sus ideas. A menudo, se ha tomado el libro como una interpretación de Don Quijote, pero Unamuno exige una y otra vez que se tome su opinión como parte del mismo libro de Cervantes. De este modo, la representación toma un mayor carácter de realidad, por cuanto podemos manipularla. Unamuno, uno de los primeros jugadores de las técnicas metaficcionales, intenta quitar al *Quijote* el carácter de mito para convertirlo casi en persona, defendiendo la realidad que subyace tras la representación. Sin embargo, por mucho que intente justificar lo contrario, está jugando ya con un mito y no con una mera representación. En este mito caben muchas más cuestiones que en otros tipos de representación, pues se realiza un extraño juego. Observémoslo: Cervantes crea un personaje, representación de una serie de complejos procesos de técnica narrativa, tales como las dimensiones psicológicas, los aspectos sociales y políticos, así como los juegos lingüísticos, entre muchos otros. De ahí, el personaje se reduce a unos pocos aspectos, de los cuales el más conocido quizá sea el triunfo de la voluntad sobre la realidad: esta reducción suele dar el mito literario, tal y como lo entendemos hoy. Ese mito es tomado por otro autor posterior, en este caso Unamuno, para ser desarrollado de nuevo a través de nuevos procesos de técnica narrativa. Por consiguiente, podemos afirmar que existen tres representaciones, como mínimo, en todo mito literario: la original, la reducción universal que entra a formar parte de la cultura general (el mito propiamente dicho) y el siguiente desarrollo. Lo fascinante es que cada nueva interpretación reconfigura una vez más la parte cultural, más universal, del mito. De este modo, por cambiar de ejemplo, desde *El burlador de Sevilla*, de Tirso de Molina, hasta el último Don Juan, cada autor ha reconfigurado la representación del asesino y conquistador de mujeres: Mozart, Zorrilla... Lo mismo ocurriría con el *Fausto* de Goethe, el de Thomas Mann y el de La fura dels baus. Por tanto, el mito literario es una representación en continua evolución y cada nuevo desarrollo es por tanto una extraña manifestación del mito de la representación. Y

---

digo “extraña” porque en lugar de otras representaciones, por lo general estáticas (la representación suele intentar, salvo en ciertos lenguajes, definir una realidad supuestamente estática), el mito literario no tiene un referente real fijo, así que sus autores juegan con la inestabilidad representativa demostrando una vez más que toda ficción es, por definición, mentira y que está sujeta a variaciones.

### **El mito del objeto y su relación independiente “representativa” con la realidad**

Existe, por el contrario, otra forma de reflexionar sobre el mito de la representación: mediante la apropiación del significante, es decir, de aquello que usamos para dar cuenta de la realidad. Un buen ejemplo estaría en los cuadros de campo de Monet, con esas muchachas con sombrillas, vestidas de blanco, paseando entre tulipanes o amapolas rojas. Si tomamos la belleza del significante en sí y destacamos su naturaleza ficcional como válida por sí misma, podemos encontrarnos con ejemplos tan sugerentes como los de la película *Más allá de los sueños*. Aquí, el protagonista muere, yendo su espíritu a un cielo ideal conforme a sus expectativas. De modo que pasea por un entorno supuestamente natural, pero en realidad hecho de pintura y muy parecido a los de Monet: las flores, el cielo, los árboles... parecen reales, pero no lo son. Son representaciones, pero son válidas por sí mismas. Según pasea, el protagonista va tiñéndose su ropa; si intenta coger una flor, ésta se deshace como pintura en sus manos. En este ejemplo, se nos llama la atención de nuevo sobre la inconsistencia de la representación, sobre su carácter ficcional.

De este modo, lo que siempre había sido un mecanismo de representación, un medio para llegar a algo, se convierte aquí en objeto por sí mismo. Por esta razón, jamás puede adaptarse fielmente un libro como película ni viceversa. Esto se debe a la naturaleza mítica de toda idea de representación de la realidad: las representaciones no guardan relaciones estrechas con la realidad, sino que son cadenas connotativas de significados ambiguos. Pueden hacerse interpretaciones certeras de estas cadenas de significados, puesto que pertenecen a sistemas semióticos (con reglas más o menos fijas), pero no puede hacerse una traslación del tipo símbolo literario => realidad => símbolo cinematográfico porque estas relaciones no son exactas, sino parte de este mito de que la realidad puede ser representada.

### **El Barroco: la certeza de la incerteza**

Por consiguiente, tendemos a no plantearnos la naturaleza de los iconos. Los seres humanos construimos nuestras relaciones con el mundo a partir de mentiras, que son las representaciones. Por ello, les concedo la naturaleza de *mito*. Durante el siglo XX, muchos escritores han intentado desvelar esta problemática (Jorge Luis Borges, Gonzalo Torrente Ballester, Milan Kundera, Paul Auster, Stanislaw Lem, Thomas Pynchon, entre muchos otros). No obstante, ya durante el Barroco hubo importantes avances en este sentido.

El Barroco fue el momento del desengaño, de la frustración, como el siglo XX lo ha sido del desconcierto y el caos. Pueden ser confundidas ambas realidades, pero las diferencias son notables. En el siglo XX, en la llamada postmodernidad, los sistemas de pensamiento han caído, sustituidos por los de la sociedad de consumo, como nos muestran Lyotard o Robert Hughes. Del primero que rompió estos esquemas (Miguel de Cervantes) al último que, sin ser barroco de tiempo, pero sí de espíritu, se rio de todo ello (Torres Villarroel en *Vida*), el Barroco se caracterizó por el desengaño respecto al Renacimiento. Las esperanzas humanistas de una Europa ¿ingenua?, optimista, cayeron al enfrentarse con los malos gobernantes y los estrechos ventanucos de la Contrarreforma<sup>3</sup>. Bastará aquí con explicar cómo Cervantes rompe las reglas de la novela mezclando ficción con realidad, diciendo incluso que él no ha escrito la novela, sino que fue un autor árabe basándose en las reales aventuras de Don Quijote y que desde esa perspectiva debe ser interpretada. Son muchos los otros elementos de la novela que refieren el mito de la representación. Sin embargo, prefiero hablar más sobre el astrólogo, catedrático, adivino, vividor, matemático... Diego Torres Villarroel. Este timador profesional tuvo una vida azarosa y turbulenta al comienzo del siglo XVIII, cuando el Barroco ya estaba en declive. Escribe una de las primeras autobiografías ficticias. Ya existía el *Libro de buen amor*, pero ésta jamás pretendió pasar por verdadera; una de las características humorísticas del *Libro de buen amor* era su imposibilidad. Diego Torres Villarroel, por el contrario, centra su autobiografía en la ambigüedad, en la mentira que supone todo texto escrito y en la escasa importancia de su verosimilitud. Lo que importa del

---

<sup>3</sup> Para el *Quijote*, remito a mi artículo sobre el tema de la fantasía como ficción publicado en *Jabberwock II*.

---

texto literario es la propia realidad que construye, puesto que su capacidad representativa siempre será mentira. Y ésta es la enseñanza del profesor Torres Villarroel. La representación de la realidad mediante la palabra es un mito que nos acerca a la realidad, que se basa en la realidad, pero que no es la realidad.

El Barroco se caracterizó por esta ruptura de las representaciones tradicionales, demostrando su falsa naturaleza. Basta leer algún poema satírico de Quevedo, como aquél en el que –por burlarse del culteranismo de Góngora- trata el Olimpo de los dioses como un burdel, humanizando así las representaciones míticas clásicas. O con pararse un buen rato delante del cuadro de *Las meninas*<sup>4</sup>.

La misma conclusión se extrae de *Big fish*, de Tim Burton, donde el personaje interpretado por Albert Finney reconstruye los recuerdos de su vida y los transmite a sus interlocutores así reconstruidos. ¿Qué importa que no sea la realidad?, nos dice Burton. La palabra no es la realidad, pero es que además no puede serlo. Por eso, hoy en día es tan criticado el tradicional triángulo de Saussure: “significante, significado, referente”. Esta relación es una reducción muy simplista del verdadero funcionamiento del lenguaje.

### **La institucionalización del mito de la representación**

Esta ilusión comenzaría a ser tratada sistemáticamente a partir de los estudios de Freud a partir de 1895 y, sobre todo, ya en el siglo XX, en sus análisis sobre el subconsciente y sus representaciones reconstruidas: la carga simbólica de nuestros recuerdos es tan grande que reinterpretemos la realidad nada más percibirla. Es decir, el sonido de un cuarteto de cuerda puede hacernos revivir un episodio traumático en el cual hemos oído, por ejemplo, una sirena de la policía. Esto puede llevarnos a representar una situación del pasado a partir de una falsa relación representativa. No es casual que el surrealismo y la reconfiguración de las relaciones entre representación y realidad aparecieran a partir de aquí. Libros de poemas como *Poeta en Nueva York* o *Sobre los ángeles* contienen imágenes inauditas que representan aspectos tanto físicos como emocionales de la realidad elaborados aprovechando los ¿equívocos? emocionales que nuestro cerebro produce interpretando representaciones a partir de connotaciones.

Desde Freud, serán muchos los teóricos de la literatura, los psicoanalistas y los antropólogos que intentarán encontrar incluso referentes sociales e incluso antropológico-culturales de representaciones inmediatas comunes a grandes grupos de seres humanos e incluso a todos. El estudio de los mitos simbólicos comenzó con los análisis de Jung y fue continuado por Levi-Strauss, Bachelard, Durand, Eliade, Foucault y Frye, por citar los más célebres. Hoy en día son muy criticados por motivos muy diversos. No obstante, parte de sus investigaciones pueden aplicarse, por ejemplo, al análisis de ciertos mitos primitivos de representación. Dejo aparte lo resultón que queda siempre cuando se pretenden desarrollar análisis universalistas con dichas teorías, de discutible aplicación al individuo particular. Está aún por demostrarse la existencia de una constante humana de representación de la realidad a través de símbolos fijos.

### **Distintos lenguajes artísticos: distintas maneras de fracaso en la representación (absoluta) de la realidad.**

Escribo *absoluta* entre paréntesis para no confundir en uno de los aspectos de la representación: la representación no es absolutamente fiel, pero sí retrata aspectos de la realidad. Si uniéramos todas las obras artísticas creadas en el mundo, seguramente nos darían un prisma sobre la realidad, incompleto pero verdadero, en el cual unas imágenes se entrecruzarían con otras. Pero lo cierto es que la idea de que cualquier tipo de representación es fiel a la realidad es una falacia y que no pocos problemas e inexactitudes provoca. Por ejemplo, tomar una novela o una película histórica como una manera de aprender lo que ocurrió es peligroso. Un simple diálogo inventado deforma ya de por sí la personalidad compleja y cambiante de los personajes históricos. Por ello se ha defendido a menudo que, en cuestiones de representación de la realidad, no existe diferencia alguna entre *El hobbit* y *Madame Bovary*, más que los diferentes aspectos de la realidad a los cuales las diferentes obras se acercan.

El problema aumenta cuando ya no sólo cambiamos de obra, sino de lenguaje artístico. En el cómic, se

---

<sup>4</sup> Analizado también por Foucault, en *Las palabras y las cosas*, donde pueden encontrarse desarrolladas la mayor parte de estas preocupaciones por el mito de la representación. Para una explicación realista, tradicional, aunque magnífica, sobre *Las Meninas*, lo mejor sería acudir al clásico libro de Camón Aznar sobre Velázquez.

---

combina la linealidad de la literatura con la simultaneidad de lo visual, perdiéndose gran parte de la introspección del discurso puro, así como las transiciones temporales entre unas viñetas u otras; en el cine, existe simultaneidad significativa con el sonido, pero se pierde el poder detenerse a observar y, por supuesto, la simultaneidad de observación que hay en la esteticidad de un cuadro o en un poema (dar a la pausa del DVD sólo detiene un plano, no el texto en su conjunto), además de la importantísima pérdida de la inmediatez y de mucha de la improvisación. En la literatura oral y en el teatro, perdemos nuestra inserción; estamos obligados a observarlo de lejos, sin cercanía. Son sólo algunos aspectos de las muchas pérdidas que la representación artística sufre respecto de la realidad.

A tal punto ha llegado la cuestión que en la segunda mitad del siglo XX apareció un grupo de artistas: los *apropiacionistas*, quienes tomaban obras artísticas famosas y las cambiaban de contexto alterando de manera muy sobresaliente sus significados.

¿Y qué decir de la *performance* de Sophie Calle? Esta artista montó una exposición donde se mostraba el retrato fotográfico, duro, muy conseguido, muy real de varios ciegos de nacimiento; a su lado, la explicación de cada ciego acerca de qué entendían ellos por *belleza*. El *texto* se completaba con una fotografía de lo referido por ellos como *belleza*. Es decir, uno de ellos comentaba que la belleza era el color *verde*, porque cada vez que decía que el sonido, el tacto, el olor o el gusto de algo le agradaban resultaba ser de color verde. Por consiguiente, junto a su foto aparecía un enorme área cuadrada de color verde. Otro de los ciegos, por el contrario, con un rostro amargado y agotado, afirmaba que nada era bello para él, pues estaba ciego. Y nada aparecía en el espacio dedicado a la belleza. Las tres referencias: retrato, fotografía de la belleza y explicación lingüística se implicaban en el juego como representaciones. Y las tres eran igual de falsas e igual de verdaderas.

Por último, recordaré una exposición en la cual otro artista, Kosuth, colgaba de una pared un martillo, la fotografía de un martillo y la definición del diccionario de la palabra *martillo*. Todo representaciones, todo entelequias, todo mitos.

Porque eso no es una pipa.

## La representación como búsqueda de sentido

La necesidad de que las cosas signifiquen más allá de su mera existencia física ha sido una constante del ser humano. Se ha hablado mucho de que nos distinguimos de otros seres vivos en que somos animales racionales, pero también somos, sobre todo, animales simbólicos. Igual que un perro aprende a ver un palo como un símbolo del poder de su amo, nosotros hemos configurado nuestro universo a través de interpretaciones, de representaciones. Sin los símbolos, el lenguaje y la razón carecen de fundamento. Tanto las matemáticas, como el lenguaje, como la ciencia en general, como la religión no son más que representaciones, entelequias, en torno a las cuales organizamos nuestros mundos. Ésa necesidad de representación para desenvolvernos en el mundo fue descrita por los simbolistas franceses como una intercomunicación que poseen todos los seres de la realidad por participación de características y por familiaridad entre sus elementos. Sin embargo, esta idea continúa no siendo más que una armónica y consoladora manera de explicar unas simbolizaciones que carecen de sentido más allá de nuestro propio intelecto. Se trata de una manera de defender que todo tiene un sentido y que nuestra existencia está relacionada con otras existencias más allá del mero principio de causalidad o de la interacción física. En realidad, la representación es una manera de darle sentido a todo.

Por consiguiente, cada nueva llamada sobre el mito de la representación realizada por un artista vuelve a ser un intento de desdibujar las representaciones, de recordarnos que carecen de más sentido que el que nosotros queramos darles para nuestro último objetivo: ser más felices, evitando la idea de que la existencia no tenga sentido. Pues nos sirven como lenguaje cognoscitivo sobre nuestra realidad. El problema radica en confundir las representaciones con la realidad, cuando de lo que se trata es de acercarnos de alguna manera a ella.

## Conclusiones

Por consiguiente, la conclusión de este artículo no ha de ser que las representaciones nos engañan. La Humanidad ya aprendió esto hace siglos. No, lo importante es cómo ha funcionado ese conocimiento desde

---

un punto de vista artístico, creando un mito en sí mismo. Lo trascendental lo supone la manera en que el ser humano ha hecho contemplado las representaciones creando un mito artístico mediante el cual reflexionar sobre el tema, sugerir, invitar a dudar y a redefinir y a descubrir. Las representaciones no son la realidad pero compran participaciones de ella.

Pues, al fin y al cabo, la definición y la foto guardan algo del martillo; los ciegos entienden el concepto de *belleza*; las obras famosas los son por algo; Bilbo Bolsón tenía mucho de Tolkien; Madame Bovary era, según confesaba él mismo, Flaubert; las teorías de Freud han curado a muchas personas; Torres Villarreal sí fue profesor universitario de matemáticas; hubo un prado de flores rojas y muchachas con sombrillas en algún momento del siglo XIX en la campaña francesa; las pruebas nos demuestran que Unamuno y Cervantes escribieron realmente sus respectivas obras; Rorschach meditaba con el *smiley* en las manos, tal y como mostraba su máscara... Y la pipa de Magritte se parece mucho, mucho a las pipas que he visto por ahí de vez en cuando.

---

## El libro de los locos

---

Por Kachi Edroso

Cuando el mensajero entró en la taberna, la tormenta estaba en pleno apogeo. Los relámpagos rasgaban el cielo nocturno y la lluvia golpeaba en fieras ráfagas la techumbre y las contraventanas. No era de extrañar, por tanto, que sendos regueros de lluvia cayesen de los tres picos de su sombrero, ni que el cuero de su abrigo brillase como recién despellejado.

Sí que resultaba más extraño, por el contrario, que en un día tan desapacible no hubiese buscado refugio en aquel negocio más gente, al igual que resultaba insólita la ausencia de interés que el tabernero tenía por sus dos únicos clientes, el recién llegado y el que fumaba al lado de la chimenea.

—No os serviré —dijo este último como leyendo los pensamientos del mensajero—. Será mejor que compartáis mi vino.

Y reafirmando su tentadora propuesta, elevó la jarra de loza y un vaso vacío. El recién llegado se acercó con cierta prevención, mirando de reojo al tabernero; éste estaba leyendo a la luz de una vela, y no parecía haberse dado cuenta de su entrada.

—Gracias, caballero. Hace una noche endiablada —comentó por establecer algún tipo de comunicación. Necesitaba algunos instantes más para hacerse una idea de con quién hablaba.

Sombrero de ala ancha con pluma raída, botas de montar desgastadas, hebilla de plata en el cinturón y calzones acuchillados recién adquiridos... aquel hombre era un espía, un mercenario o un tahúr, pero no, desde luego, el comerciante que pretendía. El mensajero tenía demasiadas millas en su haber como para dejarse engañar por un disfraz tan descuidado.

—De mil demonios, sin duda —terció el otro educadamente al tiempo que versaba un buen tiento de vino especiado en el vaso.

—¿Y cuál es el que se ha llevado su alma? —inquirió el recién llegado, un poco más tranquilo y mucho más curioso, señalando con el dedo al tabernero.

—La lectura. —Sentenció el otro recostándose.

El mensajero se desabotonó el abrigo y colgó el sombrero cerca del fuego sin perder detalle del hombre que, a pesar de ser el centro de su conversación, les ignoraba ostensiblemente. Sin duda parecía poseído por un extraño afán, pues no levantaba la mirada del tomo que tenía frente a sus narices ni un solo momento. El oscilar de la llama de la vela al pasar las páginas añadía un tinte todavía más fantasmagórico a la escena. El repiqueteo de la lluvia, como telón de fondo, resultaba opresivo.

—¿Quién ha podido escribir algo tan interesante que hasta los taberneros descuidan sus parroquias? —comentó el mensajero para romper aquel silencio.

—Es anónimo —le contestó el otro dando un largo sorbo a su propio vaso. — El libro no tiene firma alguna ni señal que delate su procedencia.

—¿Acaso lo habéis leído?

—Sólo hojeado; no pretendo acabar como ese pobre hombre.

El mensajero parpadeó algo confuso. Miró al tabernero y después a su interlocutor. Buscó entre las sombras pero no encontró explicación a aquellas palabras.

—¿De qué estáis hablando? —inquirió inquieto— ¿Qué es ese volumen?

—Es el libro de los locos. Su mera lectura trastorna la razón.

Al decir aquellas palabras el hombre resultó terriblemente siniestro. Además, como queriendo realzar aquella imagen, un relámpago le iluminó, dejando oír su voz y subrayando el final de la frase con el trueno. En aquel mismo momento, el tabernero estalló en unas inquietantes carcajadas. El mensajero, sobresaltado, se levantó de un salto y retrocedió varios pasos mirándole, pero la risa no tenía nada que ver con aquella taberna oscura: el hombre no había interrumpido su lectura.

—Esto es cosa de brujería —masculló el viajero echando mano de un atizador.

—Me temo que discrepo, caballero —intervino el falso comerciante fumando desde la penumbra creada por la chimenea—. Se trata, simplemente, de un texto que, leído en su

---

integridad y en el orden correcto, hace funcionar el cerebro humano hasta hacerle dudar de todo, hasta hacerle mirarse las manos como si fuesen ramas secas o raíces yertas. Es un libro que revela cuál es la auténtica composición del mundo, y eso es algo que ningún hombre es capaz de soportar.

—Pero, ¿quién ha podido escribir algo así? —replicó nervioso.

—¿Acaso importa? —le contestó con una voz melosa como un gato.

—Brujería o no, esto hay que detenerlo —concluyó el hombre con decisión, y, atizador en mano, atravesó la sala dando grandes zancadas.

El tabernero ni siquiera intentó impedirle que tomase el libro. Ya había leído demasiado como para que le importase. Todo le parecía tan ajeno como sus ojos extraviados. El mensajero le observó aterrado y, aunque columbró algunas frases, consiguió cerrarlo sin leer una sentencia entera.

—Serás pasto de las llamas, libro del demonio —gritó desafortadamente.

No obstante, antes de que pudiera dar dos pasos, una fuerte detonación atronó en la estancia.

Una bala atravesó el pecho del mensajero, quien cayó como un pelele derribando una mesa y sus taburetes. El frío cuero de las cubiertas y el lomo del libro quedó aprisionado entre su rostro y el suelo, entorpeciendo una visión que se iba nublando: la de su asesino.

—¿Por qué lo habéis hecho? —preguntó intentando, al mismo tiempo, detener con sus manos la sangre que manaba dejándolo sin vida.

El falso comerciante se arrodilló a su lado. Tenía los ojos arrostrados en lágrimas y las manos temblorosas todavía aferradas a la pistola humeante. Su voz salió pastosa, sollozante.

—Porque aunque en el fondo soy un cobarde que no quiere verlo, en ese libro está escrita la verdad de las cosas, y ésa es una puerta que no puedo permitir que nadie cierre. Por eso me llevaré el libro y continuaré mi viaje, y cuando me muera lo anhelaré desde mi tumba.

Una nueva carcajada enloquecida invadió la estancia desde detrás de la barra formada por los toneles. Sin embargo, aquella risa no guardaba relación alguna con el contenido de la sala, ni con el drama que en ella se había desarrollado.

---

## Hagiógrafo

---

Por Graciela Inés Lorenzo y Fabio Ferreras

Eleo sacudió la cabeza y parpadeó repetidas veces sin quitar la vista del monitor, donde la imagen se iba disolviendo poco a poco. Se dejó caer contra el respaldo del sillón con un bufido de fastidio. ¡Qué contrariedad; era la tercera vez en lo que iba de la mañana que debía interrumpir su trabajo! Y todo por culpa de los módulos de memoria, tan antiguos que no podían manipularse con la velocidad requerida y que, sin variar, terminaban colapsando el sistema. Ahora tenía que esperar a que Unital tomara nota de la anomalía, recuperara el control de la unidad, y volviera a hacerla operativa; pasaría al menos media hora, si tenía suerte.

Con pereza, decidió que esta vez no saldría a la galería; de todos modos no encontraría a nadie con quien conversar.

Extendió la mano hacia la canastilla que estaba junto al teclado y con un gesto infantil tomó el mazo de casi doscientas páginas que reposaba en su interior; lo abrió en abanico sobre el plano de la mesa mientras su boca dibujaba una amplia sonrisa. Leyó en voz alta, al azar:

*«... dado que la verdadera historia de Helicobac, una vez expuesta al mundo...»*

Poco a poco, el rostro surcado de arrugas de Eleo fue encogiéndose como si un puño gris e indiferente lo magullara antes de arrojarlo al basurero. Con el alma fatigada, cerró los ojos y se durmió.

Un pitido constante le hizo saltar a la vigilia. La unidad operaba otra vez y le estaba dando la bienvenida con el consabido «Buenos días, Eleo». En varias oportunidades había sugerido a Unital que preferiría escuchar un saludo diferente, aunque fuera el cambio de la voz, pero su inquietud no encontró respuesta. Con un suspiro se inclinó sobre el teclado e ingresó la clave. También había hecho una acotación con respecto al innecesario ritual de la contraseña, y tampoco obtuvo resultado alguno.

Al cabo de unos cuarenta minutos la pantalla

comenzó a variar de color. La misma voz le invitó con cortesía a almorzar. Casi con tristeza, vio cómo el último documento visualizado perdía definición, se integraba con el diseño de fondo y viraba todo al negro; un agradable tono de diapason indicó que la sesión había terminado.

Levantó los ojos, pero no los fijó en ninguna parte mientras pensaba: ¿caminaré hasta el comedor y me sentaré junto al ventanal del ala este para contemplar una perspectiva del paisaje distinta a la habitual?; ¿o me dirigiré hasta el centro de esparcimiento y me meteré en uno de los cinemas para seguir revisando las viejas cintas de antaño, de la época en que un refresco enorme y un cono rebosante de maíz inflado era todo el alimento de mi jornada?; ¿o...? Mejor el cinema. El almuerzo podía esperar.

Eleo se levantó del sillón y abrió un cajón del escritorio, de donde extrajo un anotador de papel; lo guardó en el amplio bolsillo de la túnica y apagó las luces antes de abandonar el despacho.

El pasillo se extendía hacia ambos lados como una cinta gris de seda, interminable y aburrida. Giró a la derecha, subiendo el imperceptible declive de la rampa, inútil ahora que los androides no circulaban por el edificio. En la primera intersección tomó el pasillo de la izquierda y pasó bajo un parpadeante arco azul oscuro: "SECCIÓN AUDIOVISUAL". Una tenue iluminación indirecta lo esperaba al otro lado. En la penumbra, un centenar de butacas enfrentaba la pantalla blanca y expectante. Tomó asiento cerca del pasillo, casi bajo el proyector.

—*Lo que el viento se llevó* —dijo Eleo, pronunciando las seis palabras con lentitud.

Por encima de su cabeza hubo un chasquido, luego un suave deslizar rumoroso. Las luces redujeron su intensidad y la pantalla mostró la primera imagen.

Eleo asintió para sí, complacido por la película seleccionada. Desde la última vez que la vio debían haber transcurrido quince, no, veinte años, ¿o más? ¡Por Dios, cuántos! ¿Aunque tenía sentido preocuparse por el paso del tiempo, en su actual circunstancia?

---

Resopló fastidiado cuando la proyección se detuvo para mostrar el mensaje de letras rojas mayúsculas impresas sobre la imagen:

«*Helicobac depende de usted; regrese ahora.*»

En la pantalla, los perfiles de Vivien Leigh y Clark Gable se habían inmovilizado en la promesa de un beso. Eleo advirtió que había olvidado cómo terminaba la historia. ¿Recuperaba el apuesto Rhett Butler a la invencible Scarlett, o todo lo contrario? No, no podía recordar el final. Eleo sospechó que en realidad no lo había visto, que la cinta era una de las que sólo se conservaba un fragmento porque el resto se había perdido por simple desidia, o, lo que era peor, porque alguien en alguna parte y por algún oscuro motivo había decidido recortarla.

«*Eleo, Helicobac depende de usted. Diríjase ahora mismo al comedor. El almuerzo lo está esperando.*»

Qué importaba si la película elegida estaba entera y en buenas condiciones; de todas maneras nunca tenía el tiempo suficiente para terminar de verla completa.

Cuando llegó a la galería, en lugar de dirigirse al comedor, Eleo tomó el acceso principal para salir al aire libre. El sol del mediodía apenas calentaba su piel mientras se alejaba de los edificios de la Universidad, tres bloques en forma de U que abrazaban un parque que crecía como una infección descontrolada.

Eleo recordaba, ¿o creía recordar? —a veces la memoria le jugaba malas pasadas— que cuando aceptó aquel trabajo aún era un lugar agradable: una acertada combinación de canteros cuidados, macizos de coloridas flores, y grupos de cinamomos y calambucos aromáticos y repletos de vitalidad. Hoy se había convertido en una selva por momentos impenetrable del color del orín, invadida por el fleo y los matorrales espinosos, donde los querubines de mármol ya no lanzaban agua desde sus cántaros, inundadas de musgo sus cuencas vacías.

Eleo llegó al banco de concreto ubicado en el límite del campus y se desplomó sobre él. Allí adelante, la salvaje arboleda otoñal terminaba de repente, dando lugar a una carretera agrietada que corría hacia el brumoso perfil de la ciudad,

allende el horizonte. Al otro lado de la calzada se alzaban tres casuchas en ruinas, un galpón de paredes de chapa ennegrecida y sin ventanas, y un edificio bajo y alargado que Eleo sospechaba debió ser la estación de autobuses. Un zumbido persistente flotaba en el aire, un ronroneo evocador que le hacía pensar en abejas y en gatos al mismo tiempo.

Suspiró. Extrajo el anotador del bolsillo, buscó el último apunte, el que tomara el día anterior sentado en ese mismo sitio, y leyó:

*Otra vez he tenido problemas con la unidad de memoria. Otra vez me he negado a almorzar tal como Él quiere —aunque sé muy bien que terminaré obedeciendo—, y tras verificar que a Ciudadano Kane, definitivamente, le faltan los últimos treinta minutos de rodaje, crucé el parque y tomé asiento junto a la carretera. Al igual que los últimos seis días, he vuelto a experimentar la sensación de ser observado. Cuando levanté la vista hacia las casas de enfrente, creí advertir un movimiento con el rabillo del ojo, pero en cuanto logré concentrarme en ese punto, el movimiento, si es que lo hubo, ya era quietud.*

*Mañana probaré suerte con Lo que el viento se llevó.*

Eleo cerró el anotador y miró hacia la izquierda. Una casa blanca de paredes derrumbadas, un vehículo de motor atacado por plantas trepadoras marchitas, los restos de una valla como dientes torcidos, un movimiento. Sí, allí: un rápido floreo rojizo. Ahora nada. Eleo se incorporó y corrió con zancadas poco seguras. La túnica y el largo pelo entrecano ondearon tras él con dudosa obediencia.

Se detuvo junto a la casa blanca con un jadeo exhausto. Giró la esquina, a tiempo de ver al androide que, vuelto a medias hacia él, se alejaba entre los escombros del patio. Vestía un overol carmesí. Su rostro inexpresivo lo observó, pareció meditar si debía detenerse o no. Luego siguió su camino, indiferente.

—¡Alto! —gritó Eleo con el poco aliento que le quedaba—. ¡Ya mismo!

El androide obedeció. Adoptó la posición de firmes. Su rostro ovalado destellaba azul plata bajo el débil sol otoñal.

—Me estabas vigilando —dijo Eleo, acercándose a él—. Hace una semana que me

---

espías mientras tomo sol en aquel banco.

—Lamento contradecirlo, señor —objetó el androide con inesperada voz de contralto—. Sólo verificaba que no hubiera clientes esperando en la estación.

—¿Ese uniforme rojo te identifica como chofer?

—En efecto señor. Conductor de autobuses, Clase Dirigente. Destinado al recorrido Universidad-Buena Vista, señor.

Eleo soñó la ciudad en ruinas que dormía tras el horizonte.

—Debe hacer bastante tiempo que no llevas a nadie.

—Más de treinta y siete años, señor. ¿Desea la fecha exacta?

¡Dios! ¡Treinta y siete años! Eleo cerró los ojos con fuerza. El persistente zumbido era más ronco allí, como si al otro lado de la pared un enjambre enfurecido se aprestara a saltar sobre él. Treinta y siete años...

—Necesito saber más —dijo—. ¿Fui el último hombre? No lo recuerdo bien. ¿Trajiste a otros después de mí?

El androide inclinó la cabeza a un costado.

—Ahora que lo observo mejor, señor, y tras cotejarlo con mis registros de memoria, no me atrevo a afirmar con un cien por ciento de certeza que usted haya sido esa persona.

Eleo hizo un ademán con el brazo.

—Olvídalo —dijo—. Los hombres cambian, envejecen. Y olvídame de mí; elimíname de tus bancos de memoria.

Eleo dio media vuelta para regresar por donde había venido. Tras un muro de borde inclinado tuvo un atisbo de brillante metal anaranjado: el morro del autobús. El zumbido provenía del compartimiento del motor. Antes de irse, Eleo preguntó, de espaldas al androide:

—¿Me aseguras que no estabas espiándome, que no te enviaron aquí para impedirme dejar la Universidad?

—Por supuesto que no, señor —la voz de contralto flotó hasta Eleo—; iría en contra de mi función primordial.

—Entonces, si te digo que quiero volver a Buena Vista, ¿me conducirías sin ningún inconveniente?

El androide aguardó unos segundos antes de responder.

—Lo siento señor, pero no puedo responder a

esa pregunta con certeza. Creo... —una pausa— creo que me negaría a llevarlo.

Eleo dejó escapar el aire que contenía desde que hizo la pregunta. Por supuesto que se negaría. ¿Cómo podía haber esperado otra cosa?

Regresó hasta el banco y tomó asiento. Desde allí ya no podía ver al androide, tampoco al autobús; sólo el zumbido persistía, aunque esta vez, lo sospechaba, sonaba sólo en su mente. Recuperó el anotador que dejara caer al suelo, una alfombra de hojas color ocre. De un bolsillo interior sacó un lápiz de grafito; lo encontró junto a los mazos de papel que utilizaba para escribir los informes de cada día, de cada mes y de cada año de los últimos treinta y siete años.

*Tampoco tuve suerte con Lo que el viento se llevó, aunque no pude ver el final porque Él interrumpió la proyección. Y yo tenía razón, alguien me estaba observando, pero la esperanza fue vana: no era hombre, ni mujer. Apenas un maldito guardián.*

Eleo levantó la vista hacia las casuchas de muros blanqueados por incontables soles. La cabeza del androide se mostró por un momento; luego se retiró.

*Quizá mañana pruebe suerte con Humphrey Bogart y Casablanca. O con Titanic, aunque de esa recuerdo bien el final; después de todo, el mundo entero se hunde un poco más cada día.*

Se dirigió al despacho sin pasar por el comedor a buscar su almuerzo. Que el androide camarero haga con el plato lo que quiera, incluso comérselo si le es posible, pensó. Los corredores seguían desiertos y silenciosos. Si bien gozaba de un amplio permiso de circulación dentro de los límites de Hagiografía, el centro de investigaciones dedicado al estudio de toda la documentación que registraba la vida del dios Helicobac —o mejor dicho, su inicio a la vida—, Eleo tenía el acceso prohibido a vastas zonas de la Universidad. El subsuelo, por ejemplo. Cabía imaginar que el dios residía en él.

Se acomodó en su lugar frente al monitor e ingresó la clave. El documento se abrió en la pantalla.

Eleo cerró los ojos antes de reiniciar su trabajo. Es que había tanto para leer, tantos

---

archivos almacenados en la memoria de ese artefacto que alguien —inútil saber quién— había descubierto en una sala del edificio. Todo debía ser leído cuidadosamente; la cantidad de documentos era inmensa y era muy fácil dejar pasar cualquier rastro, huella, el menor indicio reconocible que revelara el origen de Helicobac.

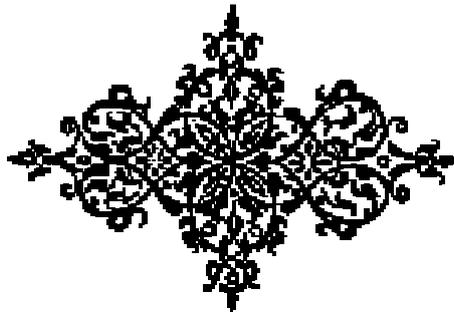
Desde hacía al menos treinta y siete años, Eleo escarbaba en cada uno de los módulos de memoria sellados —que con extrema paciencia debía abrir, decodificar, y leer— para luego copiar en papel, ¡sí, en papel!, todas aquellas cifras que, a su criterio, podían pertenecer a la historia del dios.

El objetivo, único y fundamental consistía en deshacer tales pruebas. La razón era evidente: a ningún dios le gusta saber que es producto de unas manos y cerebros tan inferiores como los del ser humano. Y sin embargo, qué ironía, necesitaba de un ser humano para hacerlo.

—Buenas tardes, Eleo —dijo la terminal.

Sacudió la cabeza, tratando de descartar ideas inútiles; había perdido la mañana y tenía mucha tarea por delante. Eleo, Hagiógrafo Personal del dios Helicobac, ya no pensaba cuánto más podría sobrevivir sin esperanzas a su propia realidad; porque el hecho de que estuviera vivo sólo significaba que tenía gran fuerza de voluntad; porque soportaba estoicamente el sonido de la voz que le invitaba a almorzar, que le daba los buenos días y las buenas tardes y las buenas noches, porque era su propia voz, que él mismo había grabado para escuchar una voz humana; porque no podía superar algunas rutinas innecesarias como la de iniciar una sesión bajo clave, aunque no había nadie más que pudiera abrir una sesión; porque no tenía manera de hacer perdurar a la especie, puesto que él mismo era toda la especie que quedaba.

—Hola —se respondió a sí mismo—. Módulo de memoria 3215-D, en la página donde lo había dejado... por favor.



# QLIPHOTH

Fanzine de mitología

<http://qliphoth.eximeno.com>

© 2007 Santiago Eximeno